

# DILEMA Y LIBERACIÓN

Volumen 1 – Sermón No. 287

Traducción: estudialapalabra.org

**SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO  
4 DE DICIEMBRE DE 1859,  
POR CHARLES HADDON SPURGEON,  
EN THE MUSIC HALL, ROYAL SURREY GARDENS**

***“Por cuanto tú, oh Jehová, no desamparaste a los que te buscaron”  
Salmos 9:10***

Hay muchos hombres que son muy eruditos en mitologías paganas, que pueden contar la historia de cualquiera de los dioses paganos, pero que al mismo tiempo saben muy poco de la historia de Jehová, y no pueden relatar Sus poderosos actos. En nuestras escuelas, hasta el día de hoy, hay libros que se ponen en manos de nuestros jóvenes que de ninguna manera son aptos para que los lean; libros que contienen toda clase de inmundicias, y si no siempre inmundicias, sí toda clase de fábulas y vanidades, que simplemente se ponen en nuestras manos cuando somos muchachos porque resulta que están escritos en latín y griego, y por lo tanto, supongo que se imagina que recordaremos mejor la maldad que contienen si nos tomamos la molestia de traducirlos a nuestra propia lengua materna.

Quisiera que en lugar de esto, toda nuestra juventud se familiarizara con la historia del Señor nuestro Dios. Ojalá pudiéramos darles como clásicos algunos libros que registren lo que Él ha hecho, las victorias de su glorioso brazo, y cómo ha aniquilado a los dioses de los paganos y los ha arrojado hasta las profundidades.

En cualquier caso, al cristiano siempre le resultará útil tener a mano algo de historia de lo que Dios hizo en los días de antaño. Cuanto más conozcas los atributos de Dios, cuanto más comprendas Sus actos, cuanto más atesores Sus promesas y cuanto más te sumerjas plenamente en las profundidades de Su pacto, más difícil le resultará a Satanás tentarte al abatimiento y a la desesperación.

Familiarízate con Dios y ten paz. Medita en Su ley día y noche, y serás como un árbol plantado junto a ríos de agua, tu hoja no se marchitará, darás fruto a su tiempo, y todo lo que hagas prosperará. La ignorancia de Dios es ignorancia de la bienaventuranza, pero el conocimiento de Dios es una armadura divina, con la que somos capaces de rechazar todos los golpes del enemigo. Conócete a ti mismo, oh hombre, y eso te hará miserable, conoce a tu Dios, oh cristiano, y eso te hará regocijarte con gozo indecible y lleno de gloria.

Ahora, esta mañana, al dirigirme a ustedes, dividiré mi texto en tres partes. Primero, notaré cierto dardo de fuego de Satanás; en segundo lugar, les señalaré el escudo divino del cielo, como se insinúa en el texto: "Tú, Jehová, no has desamparado a los que te buscan"; y luego, en tercer lugar, notaré el precioso privilegio del hombre al buscar a Dios, y así armarse contra Satanás.

I. Primero, entonces, voy a detenerme por un poco de tiempo en ***cierto dardo de fuego que satanás dispara constantemente contra el pueblo de Dios.***

Hay muchas tentaciones, hay muchas sugerencias e insinuaciones, y todas ellas son flechas del arco del maligno. Pero hay una tentación que supera a todas las demás, hay una insinuación que es más satánica, más hábilmente utilizada para llevar a cabo los propósitos de Satanás que cualquier otra. Esa sugestión es a la que se refieren estas palabras del salmista, la sugestión de creer que Dios nos ha abandonado.

Si todas las otras flechas del infierno se pudieran poner en una aljaba, no habría tanto veneno mortal en el conjunto como en ésta. Cuando Satanás ha usado todas las demás armas, siempre recurre a este último instrumento, el más agudo y mortífero. Se dirige al hijo de Dios y le hace al oído esta oscura insinuación: "Tu Dios te ha abandonado del todo, tu Señor no tendrá más misericordia".

Ahora, observaré con respecto a esta flecha, que es una que es disparada muy a menudo del arco de Satanás. Algunos de nosotros hemos sido heridos por ella decenas de veces en nuestra vida. Siempre que hemos caído en algún pecado, hemos sido alcanzados por algún viento repentino de tentación, y hemos tambaleado y casi caído, la conciencia nos agujonea y nos dice que hemos hecho mal. Nuestro corazón, como el corazón de David, nos golpea. Caemos de rodillas y reconocemos nuestra falta y confesamos nuestro pecado.

Entonces es cuando Satanás deja volar esta flecha, que viene zumbando desde el infierno y entra en el alma, y mientras estamos haciendo la confesión, el oscuro pensamiento cruza nuestra alma: "Dios te ha abandonado, no te aceptará nunca más. Has pecado tan vilmente que Él borrará tu nombre del pacto, has tropezado tan espantosamente que tus pies no se sostendrán nunca más sobre la roca; has tropezado para tu caída, has caído para tu destrucción".

¿No has conocido esto, cristiano? Cuando por una temporada has sido conducido a recaer, cuando has perdido tu primer amor y te has degenerado, cuando has extendido tu mano para tocar lo ilícito por alguna repentina sorpresa, ¿no te han echado esto en cara?

"Ah, desdichado que eres, Dios nunca perdonará ese pecado, has sido tan ingrato, tan hipócrita, tan mentiroso contra Jehová tu Dios, que ahora Él te desechará, te arrojará sobre un

muladar como sal que ha perdido su sabor, y como no sirve para nada".

Ah, amigos, ustedes y yo sabemos lo que esto significa. Y me atrevo a decir que David también lo sabía. Tuvo que sentir todo el poder de esta flecha envenenada después de su gran pecado, cuando subió a su cámara y lloró y se lamentó, y allí clamó en agonía: "Lávame bien de mi maldad, y límpiame de mi pecado." Una oportunidad selecta esta para disparar esta flecha. Justo donde ha estado el pecado Satanás observa, y entonces envía una sugerencia.

Dondequiera que haya una herida de pecado, está lleno de maravilla cómo obrará esta flecha, y qué ardor dará a nuestra sangre hasta que cada vena se convierta en un camino para que viajen los pies calientes del dolor, y toda nuestra carne se haga cosquillear con este mal pensamiento: "He pecado, y el reprensor del hombre me ha reprendido en mi cara y me ha echado de su presencia, y no tendrá más misericordia de mí".

Otra temporada en que Satanás suele lanzar esta flecha es el tiempo de grandes problemas. Hay un ancho río que cruza tu camino, y se te ordena vadearlo. Te metes y descubres que el agua te llega a las rodillas. Poco después, al vadearlo, te sube hasta el pecho. Pero te consuelas con este pensamiento: "Cuando pases por las aguas, yo estaré contigo; y por los ríos, no te desbordarán".

Animado con esto sigues adelante, pero te hundes, y el agua se hace aún más profunda. Por fin, casi gorgotea en tu garganta. Te llega hasta los hombros. Justo entonces, cuando estás en la parte más profunda de la corriente, Satanás aparece en la orilla, saca su arco y lanza esta flecha de fuego: "Tu Dios te ha abandonado". "Oh", dice el cristiano, "no temí mientras oí la voz que decía: 'No temas, porque yo estoy contigo; no desmayes, porque yo soy tu Dios'. Pero ahora", dice, "mi Dios me ha abandonado". Y ahora el cristiano comienza a hundirse realmente, y si no fuera por el poderoso poder de Dios, no sería culpa de Satanás si no te ahoga en medio del diluvio.

Qué diablo tan malicioso es éste, que siempre debe enviarnos un nuevo problema, y lo más grave de todo, enviárnoslo cuando estamos en nuestra peor aflicción. En verdad es un cobarde, siempre golpea a un hombre cuando está abatido. Cuando estoy levantado y en pie, soy más que un rival para Satanás; pero cuando comienzo a tropezar en medio de grandes problemas, sale el dragón del abismo, y comienza a rugir contra mí, y a desenvainar su espada, y a lanzar sus dardos de fuego, pues ahora, dice él, "la extremidad del hombre será mi oportunidad, ahora que su corazón y su carne fallan, ahora acabaré con él por completo". Algunos de ustedes también saben lo que eso significa. Podrían soportar bien la aflicción, pero no podrían soportar el lúgubre pensamiento de que Dios los ha abandonado en su aflicción.

Otra temporada también, en la que Satanás dispara este dardo ardiente es antes de alguna

gran labor. A menudo me siento vejado y perplejo con este oscuro pensamiento cuando tengo que comparecer ante ustedes en el día de reposo, con frecuencia vengo aquí con ese zumbido en mis oídos: "Dios te abandonará, caerás ante la congregación, la palabra no irá a casa con poder, trabajarás en vano, y gastarás tus fuerzas para nada".

Miles de veces he predicado el Evangelio, y sin embargo, hasta el día de hoy, esa misma flecha sale volando, y todavía sigue irritando y desconcertando mi corazón. Si hay algo más grande que un cristiano deba hacer, de lo que ha estado acostumbrado a hacer en tiempos pasados, es generalmente entonces que Satanás nivela esta flecha, y la lanza a casa.

Si disparara a cualquier otro, no me importaría, pero a este: "Dios te ha abandonado; te dejará; te confundirá"; entonces, yo me comparo en estos tiempos de duda y de abatimiento casi desesperanzado, con aquellos hombres que caminan a través del Niágara; yo he caminado a través de la cuerda muchas veces y me he salvado, pero uno de estos días caeré y seré hecho pedazos, o me ahogaré en el diluvio. Pienso que Dios puede quitar Sus brazos eternos de debajo de mí, que esas poderosas alas que me han llevado en días pasados pueden fallar, y que caeré y seré destruido.

El astuto Satanás no lanza esta flecha cuando estamos en nuestras ocupaciones ordinarias, sino cuando tenemos que hacer algo grande. Cuando se toca la trompeta para alguna batalla espantosa, cuando hay una tierra profunda que arar, y el arado es pesado, y los bueyes están cansados, y el labrador piensa que no terminará su fatigoso trabajo, entonces es cuando surge este oscuro pensamiento: "Jehová te ha desamparado, y ¿dónde estás ahora?".

Lo mismo hace en otro tiempo, es decir, en tiempos de oración sin respuesta. Has estado en el trono de Dios pidiendo una bendición, has estado cinco, seis, doce veces, y no has tenido respuesta, vas de nuevo, y estás luchando con Dios, y la bendición parece como si debiera venir, pero no, no viene, y llevas tu carga sobre tu espalda una vez más. Acostumbrabas echar todas tus preocupaciones sobre Dios, y salir regocijado, pero ahora encuentras que la oración no tiene retorno de bendición, parece ser un desperdicio de palabras.

Entonces, aparece Satanás justo en ese momento, y dice: "Dios te ha abandonado, si fueras un hijo de Dios, Él contestaría tu oración, Él no te dejaría llorando tanto tiempo en la oscuridad como esto, si fueras uno de Sus amados hijos. Él oye a Su pueblo. Mira a Elías, cómo lo escuchó. Recuerda a Jacob, cómo luchó con el ángel y venció. Oh", dice Satanás, "Dios te ha abandonado".

Ah, Satanás, ya hemos oído eso antes. "Sí, pero", dice él, "Su misericordia ha desaparecido para siempre. Los cielos se han vuelto como de bronce, la Shekinah ha subido de entre las alas de los querubines, Su casa ha quedado vacía y vacía, Icabod está escrito en tu cuarto, nunca más tendrás una respuesta. Ve a hablar a los vientos, extiende tus penas al despiadado mar,

porque el oído de Dios está cerrado, y nunca moverá su brazo para obrar liberación por ti."

Ahora, ¿no estoy justificado al decir que esta flecha es lanzada muy a menudo? Tal vez no haya mencionado todas las instancias en las que te ha sido disparada, pero estoy seguro de que si eres un hijo de Dios, ha habido tiempos y temporadas en las que esta desesperada insinuación ha surgido del infierno: "Dios te ha olvidado, te ha desechado, estás abandonado a ti mismo, y perecerás."

En todo caso, si nunca lo has dicho, recuerda que está escrito en la Palabra de Dios que Sión dice: "Mi Dios se ha olvidado de mí", y trae a tu memoria esa bondadosa respuesta: "¿Acaso se olvidará la mujer de su niño de pecho, para no compadecerse del hijo de sus entrañas? Sí, pueden olvidarse, pero yo no me olvidaré de ti". La flecha, pues, se dispara a menudo.

Entonces, permítanme señalar con respecto a esta flecha, que es sumamente dolorosa. Otros problemas sólo hieren la carne del cristiano, no hacen más que perforar con heridas profundas en la piel, pero este es un disparo que va directo a lo profundo de su corazón. Cuando Satanás dispara otras flechas podemos reírnos de él, pues traquetean contra nuestra coraza, pero ésta encuentra las coyunturas del arnés, y atraviesa de un lado a otro, hasta que nos vemos obligados a decir: "Como con una espada en los huesos me afrentan mis enemigos, mientras me dicen cada día: ¿Dónde está tu Dios?".

Esto es dar en el blanco en el centro mismo. Esto es en verdad un hábil tiro al blanco, cuando Satanás es capaz de enviar esta flecha justo al centro del alma.

Otros problemas son como tormentas en la superficie. Agitan el océano en una aparente tormenta, y hay grandes olas en la superficie, pero todo está quieto y en calma en las cavernas de abajo. Pero este oscuro pensamiento hace que el océano hierva hasta el fondo, agita el alma hasta que no hay un solo lugar en el que haya descanso, ni una caverna del corazón, ni un rincón de la conciencia en el que el espíritu tenga paz. Esta flecha, digo, es una de las obras maestras del infierno, hay más astucia y habilidad en ella que en cualquier otra cosa que Satanás haya hecho jamás. Es la peor de sus flechas porque aflige sobremanera al Espíritu.

Y hay otro pensamiento que debo lanzar. Esta flecha no sólo es penosa, sino que es muy peligrosa. Porque si, hermanos míos, creemos esta acusación contra Dios, no pasará mucho tiempo antes de que comencemos a pecar. Que el cristiano sepa que su Dios está con él, y la tentación tendrá poco poder; pero cuando Dios nos ha abandonado, como pensamos que lo ha hecho, ¡ah! entonces, cuando Satanás nos ofrece alguna puerta trasera por la cual escapar de nuestros problemas, cuán fácilmente seremos tentados a adoptar sus expedientes.

Un comerciante que sabe que su Dios está con él, puede ver que el comercio se le va, y

que su casa está al borde de la bancarrota, pero no hará nada deshonesto. Pero si imagina que Dios está contra él, entonces Satanás le dirá: "Mira, mercader, uno de los hijos de Dios, has sido engañado, Él nunca te ayudará", y entonces, es tentado a hacer algo que en su conciencia sabe que está mal. "Dios no me libraré", dice, "entonces trataré de librarme yo mismo". Hay un gran peligro en esto. Cuídate entonces de "tomar toda la armadura de Dios", y "sobre todo, toma el escudo de la fe, con el cual podrás apagar todos los dardos de fuego del impío",

Sólo haré otra observación sobre este dardo ardiente, y es que lleva la impresión completa de su creador satánico. Nadie sino el diablo podría ser el autor de un pensamiento como este, que Dios ha abandonado a Su pueblo. Míralo a la cara, cristiano, y ve si no tiene los cuernos del maligno estampados en su frente. ¿No asoma el pie hendido? Míralo, es el propio hijo del diablo.

Piensa, cristiano, que este malvado te está haciendo dudar de tu propio Padre. Te está haciendo desconfiar de un Dios fiel. Está poniendo en duda la promesa que dice: "Nunca te dejaré, ni te desampararé". Te está haciendo acusar a Dios de perjurio. Como si Él pudiera romper Su juramento, y retroceder del pacto que Él ha hecho con Cristo en tu favor. Nadie sino el diablo podría tener el descaro de sugerir un pensamiento como ese.

Arrójalo de ti, creyente, arrójalo a las profundidades mismas del mar, es indigno de ti albergarlo por un momento. ¿Te ha abandonado tu Dios? Imposible. Es demasiado bueno. ¿Que tu Dios te abandone? Es totalmente imposible. Él es demasiado verdadero. Si Él abandonara a Sus hijos, habría abandonado Su integridad, habría dejado de ser Dios cuando cesó de socorrer y ayudar a los Suyos. Descansa entonces en eso, y repele el dardo ardiente, pues es infernal en verdad, y el nombre de su creador está estampado en él de manera legible.

**II. En segundo lugar, permítanme notar *el divino escudo que Dios ha provisto para Su iglesia contra este dardo de fuego.***

Aquí está, es el hecho de que Dios nunca ha abandonado a los que le temen, y que además, nunca lo hará.

Ah, hermanos míos, si pudiéramos creer una sola vez la doctrina de que el hijo de Dios puede caer de la gracia y perecer eternamente, podríamos ciertamente cerrar nuestra Biblia con desesperación. ¿De qué serviría mi predicación, la predicación de un Evangelio raquítico como ese? ¿De qué serviría tu fe, una fe en un Dios que no puede ni quiere llegar hasta el final? ¿De qué serviría la sangre de Cristo, si se derramara en vano y no llevara a los comprados con sangre a un hogar seguro? ¿De qué serviría el Espíritu, si no fuera lo bastante omnipotente para vencer nuestro extravío, para detener nuestros pecados y hacernos perfectos, y presentarnos al fin sin mancha ante el trono de Dios?

Esa doctrina de la perseverancia final de los santos está, creo yo, tan completamente ligada a la posición o caída del Evangelio como lo está el artículo de la justificación por la fe. Si renuncian a eso, no veré ningún Evangelio, no veré ninguna belleza en la religión que sea digna de mi aceptación o que merezca mi admiración.

Un Dios inmutable, un pacto eterno, una misericordia segura, estas son las cosas en las que mi alma se deleita, y sé que vuestros corazones aman alimentarse de ellas. Pero si las quitamos, ¿qué tenemos? Tenemos cimientos de madera, heno, paja y hojarasca. No tenemos nada sólido. Tenemos una fortificación, una cabaña de barro por la que el ladrón puede entrar y robar nuestros tesoros. Es más, este fundamento permanece seguro; "El Señor conoce a los que son suyos", y los conoce de tal manera que ciertamente los llevará a todos a su diestra al fin en la gloria eterna.

Pero volvamos a nuestro texto y ofrezcámosles algunas palabras de consuelo que pueden tender a apagar el dardo ardiente del maligno. El salmista dice: "Tú, Jehová, no has desamparado a los que te buscan". Llamo ante ustedes ahora, uno por uno como testigos, a los santos de Dios en los tiempos antiguos. Ustedes están en grandes problemas hoy, y Satanás sugiere que ahora Dios los ha abandonado.

¡Ven aquí, Jacob! Hemos leído tu testimonio. ¿Fuiste un hombre de problemas? "Ah", dice, "pocos y malos fueron mis días". ¿Malos, hombre? ¿Qué quieres decir? "Quiero decir que fueron llenos de tristeza, llenos de perplejidad, llenos de temor y angustia". ¿Y cuál es tu testimonio, Jacob? Hemos oído que buscaste a Dios en oración. ¿No luchaste con el ángel en el arroyo Jaboc y venciste? Habla, hombre, y di a estos corazones que dudan, ¿te abandonó Dios?

Me parece ver a aquel anciano patriarca levantando las manos y exclamando: "Temblé al encontrarme con mi hermano Esaú. Me detuve junto al arroyo Jaboc y dije: 'Señor, líbrame de aquel a quien considero sanguinario'. Crucé el torrente lleno de temor y temblor, pero cuéntalo, oh que se sepa para consuelo de otros que se hallan en la misma angustia que yo, me encontré con mi hermano Esaú, y se echó sobre mi cuello y me besó. No quiso aceptar el tributo que le ofrecí. Se hizo amigo mío y nos amamos. Dios había vuelto su corazón, y no se vengó de mí".

"Pero", continuó el patriarca, "siempre fui un hombre que dudaba, siempre fui un hombre precavido, tenía tanta astucia y astucia en mí que no podía confiar nada en las manos de mi Dios del pacto, y esto siempre me trajo preocupaciones y problemas, pero", dice, "doy testimonio de que nunca tuve necesidad de preocuparme en absoluto, si lo hubiera dejado todo en las manos de Dios, todo habría estado bien. Recuerdo," dice él, "y os lo cuento ahora,

cuando mi hijo José fue vendido a Egipto, qué dolor tenía en mi corazón, pues dije: 'Mis canas serán llevadas con dolor a la tumba, pues José mi hijo está, sin duda, despedazado'".

"Y sucedió un día que me quitaron a Simeón, y vino un mensaje de Egipto diciendo que Benjamín debía descender. Y recuerdo bien lo que dije: 'José no está, y Simeón no está, y ahora se llevarán a Benjamín. Todas estas cosas son contra mí'. Pero no estaban contra mí", dice el anciano, "estaban a mi favor, cada una de ellas. José, que dije que no lo era, lo era, estaba sentado en el trono, me había preparado una morada en Egipto. En cuanto a Simeón, él era un rehén allí, y eso no era contra mí, porque tal vez yo apenas habría enviado a mis hijos si no hubiera sido por la esperanza de que traerían de vuelta a Simeón".

"Y ahora", dice Jacob, "me retracto de toda palabra que he dicho contra el Señor, mi Dios, y me presento ante vosotros para dar testimonio de que no ha faltado una sola cosa buena de todas las que el Señor, mi Dios, ha prometido. Mis zapatos eran de hierro y de bronce, y como mis días, así era mi fuerza".

Oigo decir a un doliente: "El mío no es un caso de problemas y penas, el mío es un caso de deber. Tengo un deber que cumplir que es demasiado pesado para mí, y temo que nunca lo cumpliré". Aquí viene otro de los antiguos a dar su testimonio. Es Moisés. Que hable. "Pensé", dijo él, "cuando Dios me llamó de guardar los rebaños de mi padre en el desierto junto al monte de Horeb, pensé que nunca podría ser lo suficientemente fuerte para el oficio al que había sido ordenado. Dije a mi Señor: "¿Quién soy yo para ir a Faraón? Y volví a decirle: 'Señor, tú sabes que no soy elocuente; los hijos de Israel no me creerán, pues no tendré suficiente habilidad oratoria para persuadirlos a seguir mis palabras'".

"Pero el Señor dijo: 'Ciertamente yo estaré contigo'. Y he aquí", dice Moisés, "como mis días, así era mi fuerza. Tuve fuerza suficiente para enfrentarme al Faraón, fuerza suficiente para sacudir toda la tierra de Egipto, y fuerza suficiente para dividir el Mar Rojo y ahogar a todas las huestes del Faraón. Tuve fuerza suficiente para soportar con una generación malvada cuarenta años en el desierto, fuerza suficiente para tomar a su dios ídolo y triturarlo en pedazos, y hacerles beber el agua sobre la que yo había esparcido los átomos. Tuve fuerza suficiente para guiarlos de día en día, para ordenar a la roca y brotó agua, para hablar a los cielos y ellos enviaron el maná".

"Y cuando subí al fin a mi sepulcro, y miré desde la cima de Nebo, yo, que antes había sido temeroso, vi con transporte la tierra a la que había sido llevado el pueblo del Señor, y mi alma fue arrebatada con un beso y partí en paz". Escucha, pues, oh trabajador. El Dios que ayudó a Moisés te ayudará a ti. Moisés buscó a Dios y Dios no lo abandonó, ni te abandonará a ti. "Pero", dice otro, "estoy expuesto a la calumnia, los hombres hablan mal de mí, ninguna mentira es demasiado mala para que la pronuncien contra mí". Ah, amigo mío, permíteme

referirte a otro santo antiguo, es el santo que escribió este salmo, David. Que se levante y hable.

"¡Ah!", dice él, "Desde el primer día en que salí a luchar contra Goliat, hasta el final de mi vida, fui objeto de vergüenza y calumnia. Doeg el Edomita, Saúl, y multitudes de hombres, los hombres de Belial, como Simei, todos me acusaron. Yo era la canción del borracho, yo era la burla de la ramera. Nada era demasiado malo para David. Todos mis enemigos rodeaban la ciudad como perros, que aúllan toda la noche y no descansan ni por la mañana."

¿Y qué hiciste tú, David? "Oh", dijo, "dije: 'Alma mía, espera sólo en Dios, porque de él es mi esperanza'". ¿Y demostraste que Dios era tu libertador? "Ah, sí; sí", dijo él, "he perseguido a mis enemigos, y los he alcanzado. 'Has herido a todos mis enemigos en el pómulo; has quebrado los dientes de los impíos'".

Y así lo encontraréis, oyentes míos, Dios no os ha abandonado, aunque seáis calumniados. Recuerden, es la suerte de los más grandes siervos de Dios llevar el peor carácter entre los mundanos. ¿Qué carácter está a salvo en estos días? ¿Qué hombre entre nosotros no puede ser acusado de alguna indecencia? ¿Quién de nosotros puede esperar permanecer inmaculado cuando los mentirosos abundan y las acusaciones son tan abundantes? Conténtate y soporta la calumnia.

Recuerda, cuanto más alta sea la torre, más larga será la sombra, y a menudo, cuanto más alto sea el carácter de un hombre, más sucia será la calumnia que salga contra él. Pero recuerda, "Ninguna arma forjada contra ti prosperará, y condenarás toda lengua que se levante contra ti en juicio. Esta es la herencia de los siervos de Jehová, y su justicia es de mí, dice el Señor."

Si necesitas otros testigos, puedo traerlos. Que salgan Sadrac, Mesec y Abednego. Vosotros, niños hebreos, que estabais en medio de las brasas cuando el horno estaba blanco de calor, ¿os abandonó Dios? "No", dicen, "nuestros cabellos no se chamuscaron, ni el olor del fuego pasó a nuestros vestidos". ¡Habla, Daniel! Estuviste una noche en medio de los leones furiosos, que habían pasado hambre durante días para devorarte en su hambre, ¿qué dices? "Mi Dios", dice él, "ha enviado a su ángel para cerrar la boca de los leones; mi Dios, a quien sirvo, no me ha abandonado".

Pero el tiempo me faltaría si tuviera que hablarles de aquellos que han "cerrado la boca de los leones, apagado la violencia del fuego, obtenido promesas, logrado victorias, puesto en fuga ejércitos de extranjeros"; sin embargo, podríamos extendernos por un momento en la historia de los grandes mártires. ¿Ha abandonado Dios a alguno de ellos? Han sufrido en la hoguera, sus miembros han sido estirados en el potro, cada nervio ha sido forzado, cada hueso ha sido dislocado. Les han arrancado los ojos, les han desgarrado la carne hasta el hueso con

tenazas calientes, les han arrastrado a los talones de los caballos, les han quemado en parrillas, les han colgado ante lentas hogueras. Han visto a sus hijos despedazados ante sus ojos, a sus esposas e hijas violadas, sus casas quemadas, su país desolado.

Pero, ¿los ha abandonado Dios? ¿Ha triunfado el mundo? ¿Ha abandonado Dios a sus hijos? "No, 'en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó'. Porque estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro".

Sin embargo, le sugiero otra pregunta para su tranquilidad, cristiano. He traído muchos testigos para probar que Cristo no abandona a Sus hijos, permítame pedirle que entre al estrado de los testigos. Dices que Dios te ha abandonado, te haré una o dos preguntas. Cuando tu esposa yacía enferma y había tres pequeñitos en la casa, y ella se acercaba a la muerte, y tú clamabas en agonía a Dios y decías: "Dios, me has abandonado. Mi negocio fracasa, y ahora mi esposa me será quitada; ¿qué haré con estos pequeños?". Responde a esta pregunta: ¿te abandonó Dios entonces? "No", dices, "mi esposa aún vive, me fue devuelta".

Pero cuando uno de tus hijos yacía moribundo y los demás estaban atacados de fiebre, dijiste entonces: "Mi mujer vuelve a estar enferma, ¿qué haré con esta casa de enfermos? Ahora, Dios me ha abandonado, nunca soportaré esta prueba". ¿La soportaste? "Oh, sí", dices tú, "la pasé y puedo decir: 'Bendito sea el nombre de Dios, la aflicción me fue santificada'".

¿Recuerdas las grandes pérdidas que sufriste en los negocios? No una sino muchas, pérdida tras pérdida, toda especulación en la que te habías comprometido se vino abajo. Te llegaban muchas cuentas, y te decías: "ahora no podré pagarlas," y como hombre cristiano te estremecías al pensar en la bancarrota. Incluso subiste con tu esposa a tu recámara, y los dos se arrodillaron y expusieron su caso ante Dios, y le pidieron que te ayudara. ¿Te abandonó Dios? "No", dices tú, "como por milagro fui librado, no puedo decir cómo fue, pero salí limpio de ello".

Y de nuevo, otra pregunta a otro de ustedes. ¿Recuerdas cuando estabas en pecado, antes de haber recibido el perdón, tu culpa pesaba sobre ti, y buscabas a Dios y clamabas a Él. ¿Te negó Dios? "No", dices, "bendito sea Su nombre, puedo recordar el feliz día en que Él dijo: 'Todos tus pecados, que son muchos, te son perdonados'".

Bien, has pecado a menudo desde entonces. Pero permíteme preguntarte, cuando has hecho confesión de pecado, ¿no has sido restaurado? ¿No ha levantado Él sobre ti una vez más la luz de Su rostro? "Bueno", dirás, "debo decir que lo ha hecho". Entonces te pregunto en nombre de todo lo que es verdadero y santo, es más, en nombre de todo lo que es

razonable, ¿cómo te atreves a decir que Dios te ha abandonado ahora? ¡Retira la palabra!  
¡Acaba con ese pensamiento! No puede, no debe ser...

***"Cada dulce Ebenezer que puedes repasar,  
confirma Su buen placer de ayudarte a pasar".***

Él no habría hecho tanto por ti, si tuviera la intención de dejarte. Así, no puede ser, que Él que ha estado con usted en seis problemas le dejará en el séptimo. Él no te ha traído a través de tantos fuegos para dejarte quemar al final. Es más, ánimo...

***"Su gracia brillará hasta el fin  
con más fuerza y resplandor,  
ni las cosas presentes, ni las venideras,  
apagarán la chispa divina",***

dentro de tu corazón, y mucho menos apagar el fuego que aún arde en Su pecho infinito. Dios aún no te ha abandonado.

Para alejar aún más el pensamiento, repasaré rápidamente algunas cosas preciosas. ¿No tenías frío cuando venías hacia aquí esta mañana? ¿No vieron la nieve sobre la tierra, y se atreven a dudar de Dios? Él ha dicho: "Mientras la tierra permanezca, la siembra y la cosecha, el verano y el invierno, el frío y el calor no cesarán jamás", y Él cumple Su palabra. Y sin embargo tú piensas, aunque Él guarde esa palabra Él se olvidará de la palabra que Él ha hablado con respecto a ti.

Has venido aquí con problemas esta mañana. ¿No ven que Dios es veraz? ¿Que sus mismos problemas son una prueba de que Él no los ha abandonado? Si nunca tuvieras problemas, entonces Dios habría roto Su promesa, pues ¿no te la dejó Jesucristo como legado? "En el mundo tendréis tribulación". Ahí lo tienes. Eso prueba que Dios es verdadero. Ahora tienes una parte del legado, tendrás el resto: "En el mundo tendréis aflicción; pero confiad, yo he vencido al mundo". De modo que el mismo clima exterior, y tus problemas interiores, deberían prohibirte dudar de la fidelidad de tu Dios.

Pero mira aquí. ¿No te ha hecho Dios una promesa, diciendo: "Nunca te dejaré ni te desampararé"? ¿Te gustaría que te llamaran incumplidor de promesas? ¿Te señalo con el dedo y digo: "Ése es un hombre en cuya palabra no se puede confiar"? ¿Apuntarás con ese mismo dedo a Dios y dirás: "Su palabra no es de fiar, no es de fiar"? ¿Piensas que tu Dios es deshonesto, que hace una promesa y la rompe, que no la cumple, que la olvida, que no la recuerda? ¿Qué Dios, el Dios de gloria, es deshonesto? No debe serlo, no puede serlo.

Recuerda de nuevo, Él te ha dado Su juramento. ¿Puedes pensar que lo romperá? Porque no podía jurar por nadie más, juró por sí mismo. ¿Se puede perjurar a Dios? No pensarías eso de tu semejante más mezquino, ¿pensarías eso de tu mejor y más grande amigo?

Una vez más, ¿dejarías a tu hijo? ¿Lo abandonarías por completo? Podrías esconder tu rostro de él por un tiempo para hacerle bien, porque ha sido desobediente, pero ¿castigarías a tu hijo siempre? ¿nunca lo besarías, nunca lo acariciarías, nunca lo llamarías tu ser amado? No está en el corazón de un padre estar siempre enojado con su hijo. ¿Y Dios te abandonará? ¿Te arrojará a este ancho y desolado mundo, y te dejará morir y convertirte en la presa de Su gran enemigo? Oh, no pienses tan mal de tu Padre.

Si alguien viniera a mí, y me dijera que mi padre ha dicho tales y tales cosas acerca de mí, desagradables e irrespetuosas, yo le mostraría la puerta y le diría: "¡Vete! mi padre nunca haría eso, me ama demasiado para hacer eso". Y cuando el diablo venga y diga: "Tu Padre te ha olvidado", dile que se vaya; tú conoces demasiado a tu Padre como para creer eso jamás. Dile: "¡Vete, no puede ser, vete, Satanás! Díselo a tus propios compañeros, pero no se lo digas al heredero del cielo".

Por otra parte, cristiano, tú crees que Dios te ha amado desde antes de la fundación del mundo, y sin embargo, después de haberte amado tanto tiempo, ha dejado de amarte ahora. Cosa extraña. Amor sin principio, y sin embargo tal amor tener fin. ¡Cosa singular! Eterno en un extremo y temporal en el otro. Extraña suposición. Apártala de ti.

Además, de nuevo, ¿Cristo puede olvidarte? ¿Acaso no eres un miembro de Su cuerpo, de Su carne y de Sus huesos? ¿Acaso la Cabeza ha olvidado un dedo? ¿Acaso se ha olvidado Él, que colgó del madero, y que escribió tu nombre con heridas en Su mano y en Su costado? Jesús, tu propio hermano, tu Esposo, tu Cabeza, tu todo, ¿qué? ¿Se ha olvidado? ¿Te ha abandonado? ¡Abajo pensamiento blasfemo! ¡Vuelve al infierno del que brotas! ¡Abajo! ¡Abajo! ¡Abajo! Mi alma levanta triunfante la cabeza y grita: "Tú, Jehová, no has abandonado a los que te buscan", ni lo harás, mundo sin fin.

**III. Ahora llego al tercer y último punto, y en él me detendré muy brevemente: *el precioso privilegio del hombre de buscar a Dios en su día de dificultad.***

¿Para qué sirve, para qué sirve el escudo si no lo llevamos puesto? ¿De qué sirve el escudo si se permite que se oxide en la casa? Debemos aferrarnos a las promesas de un Dios fiel, debemos aprovechar el consuelo que Él nos ofrece, pero ¿cómo hacerlo? En la oración. Busquen al Señor, ustedes que están probados y atribulados, y pronto encontrarán que sus problemas se detienen, que sus pruebas se alivian dulcemente.

Damos vueltas y más vueltas para encontrar la paz. Ojalá pudiéramos quedarnos en casa, en nuestros cuartos, con nuestro Dios, allí encontraríamos la paz mucho mejor. Vamos a ver a nuestros vecinos, llamamos a nuestros amigos, les contamos nuestras penas y les pedimos su compasión.

***"Si la mitad del aliento que en vano se gasta,  
al cielo en súplica se enviara,  
nuestra alegre canción sería más a menudo:  
Oíd lo que el Señor ha hecho por mí".***

Ve, hermano cristiano en tus angustias y busca a Dios. No es posible que perezcas orando. Si pudieras perecer cantando, no podrías perecer orando de rodillas. ¿Piensas que mientras puedes suplicar el amor de un Padre, y clamarle con el Espíritu de adopción, puedes ser abandonado? Si abandonan el trono, entonces en verdad temen ser abandonados.

Pero cuando el Espíritu te atrae al propiciatorio, ese temor debe desaparecer, porque si tú estás en el propiciatorio, Dios también está allí. Dios ama el propiciatorio más que tú. Él mora entre los querubines, tú sólo vas allí algunas veces. Pero ése es Su lugar de morada, Su propiciatorio, donde Él siempre se sienta. Id, pues, os digo, y no podréis ser destruidos, vuestra ruina es imposible, mientras claméis: "¡Oremos!".

¿Y tengo aquí esta mañana a algunos que están oprimidos por la culpa? Querido oyente, por grandes que hayan sido tus pecados, si buscas a Dios, no puedes perecer, pues "Tú, Jehová, no has desamparado a los que te buscan".

Pienso, oigo a alguien decir: "Oh, eso me viene bien. Temo no tener fe, temo no arrepentirme como debo. Pero sé que busco a Cristo, estoy seguro de que lo busco". ¡Ah! entonces esta promesa es tuya. Llévatela a casa contigo. Succiónala, saca su jugo. Aquí hay un racimo lleno de vino nuevo para ti. Llévatelo a casa contigo: "Tú, Jehová, no has desamparado a los que te buscan". Buscad, y hallaréis; llamad, y ciertamente se os abrirá la puerta.

Que Dios conceda ahora su bendición, por amor de Jesús. Amén.